

DE ANIMALES, ENSEÑANZAS Y GRANDES LIBROS...

GONZALO GINER

Discurso de Ingreso como Académico Correspondiente en la Real Academia de Ciencias Veterinarias de Andalucía Oriental

Excelentísimo presidente de esta docta y noble Academia, querida junta de gobierno, académicas y académicos aquí presentes, señoras y señores; quiero agradecer de antemano el generoso nombramiento que me habéis otorgado no sin antes confesar la permanente sensación de perplejidad, pero también de orgullo, que me produce recibir un nuevo guiño de mis queridos colegas andaluces, muchos hoy aquí presentes, con los que he pasado momentos verdaderamente entrañables.

Ser nombrado académico correspondiente de esta docta institución es también una gran obligación, porque me exigirá también mejorar en lo profesional aunque solo sea para no rebajar la calidad de vuestro actual claustro.

Reconozco que me costó encontrar tema y por consiguiente título para este acto, y eso que de imaginación dicen que voy bien servido.

¿Por qué encontré tantas dificultades?

Porque elaborar discursos no se parece casi nada a los terrenos en los que me muevo a diario. Mi vida discurre entre vacas de leche y fincas de extensivo, pisando cebaderos de terneros, valorando el estado vegetativo de los forrajes que usarán después mis clientes, o formulando piensos en fábricas y cooperativas, casi siempre afectado por la evolución de las cotizaciones de la soja, maíz o cebada.

Aunque esa no es mi única dedicación.

Como bien sabéis, desde hace algo más de quince años, mi actividad veterinaria se ve aderezada con asistencias a ferias del libro, presentaciones, clubes de lectura, bolos y agotadoras promociones, entrevistas en radios, televisiones, charlas con bloggers, cuando no con prensa local e internacional, y sobre todo pasando horas y horas frente a un ordenador, estrujándome la cabeza para hacer llegar mis historias, emociones y aventuras, a los muchos lectores que por suerte ahora tengo.

Bajo estas premisas, seguí dándole vueltas a la cabeza tratando de encontrar un tema acorde con este foro. Y un día tuve una idea. Si en casi todas mis novelas los animales han tomado un indudable protagonismo, ¿por qué no en este discurso, tratándose de una Academia Veterinaria?

Una vez decidida la participación animal, me puse a explorar de qué manera nuestros escritores más universales habían manejado las emociones animales. Y empecé por Cervantes, con Rocinante, en su *Quijote*, para luego hurgar en el mundo de Juan Ramón Jiménez con su famoso Platero. Aunque al final me quedé solo con el primero; asombrado por lo mucho que conseguí entresacar.

Confieso que hasta ahora no había hecho una lectura del Quijote tratando de analizar qué importancia pudo tener para el autor su famoso rocín. Y metido ya en harina, empecé a hacerme algunas preguntas. ¿Estaría en sus planes darle un papel de verdadero protagonista, o tan solo lo introdujo en la narración obligado por la condición de caballero de don Quijote? ¿Acaso fueron importantes los animales en la vida de Cervantes? ¿Sabemos algo al respecto?

Llegados a este punto, intentaré responder a esas preguntas a través de las apariciones que va teniendo Rocinante a lo largo de la novela, parándonos tan solo en las más importantes, en las que intentaré practicar un somero análisis.

Espero que sea de vuestro agrado.

PRIMERA ENTRADA; “DEL NOMBRE DE ROCINANTE Y SU DESCRIPCIÓN”

Dice Cervantes; “*Fue luego a ver a su rocín...*” (según la RAE, Rocín significa caballo de mala estampa y de poca alzada)

El autor arranca su primer capítulo presentándonos al animal, incluso antes que al propietario; un detalle que empieza a dar una buena medida de la importancia que irá teniendo a lo largo de la historia. Y ¿cómo no habría de ser así, si su dueño

solo sueña con parecerse a Lanzarote, caballero del Rey Arturo, a Amadís de Gaula, o a Tirante el Blanco?

La primera imagen que Cervantes nos ofrece de él es nítida; todo un desastre... Rocinante, lejos de la importancia que por aquella época se daba a la casta de los caballos, es presentado como un animal de deshecho. Lo mismo que sucederá con su propietario, con don Quijote; un anciano huesudo y escurrido en carnes; lo más opuesto al modelo de caballero medieval que se tenía por entonces.

Así que, ya desde el principio, nos describe la pareja que protagonizará el relato: dos enclenques seres. ¿Tendría sentido que Rocinante hubiese sido un caballo joven, brioso y más aparente? No lo termino de ver. ¿Quiso Cervantes ofrecernos la antítesis de un héroe? En mi opinión sí.

No es por tanto un corcel de leyenda, si no un jamelgo que acompaña a un pobre hombre que ha decidido como objetivo de su nueva vida proteger al débil, hacer justicia a quien se la requiera, y ofrecer su honor y su brazo al señor que le acoja.

Al optar por un personaje débil, descaradamente poco héroe, Cervantes quiso engrandecer su empeño posterior, y que a uno y a otro les cojamos cariño, sintiendo piedad por su mutua debilidad.

Pero veamos qué más nos dice don Miguel sobre este animal.

“Fue luego a ver a su rocín y aunque tenía más cuartos que un real... (un real equivalía a ocho cuartos y medio) y más tachas... (defecto que se encuentra en una persona o cosa, y que la hace imperfecta) repito, más tachas que el caballo de Gonela... (Gonella era un bufón de la corte de los duques de Ferrara, famoso junto a su caballo por su extrema flaqueza) le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro, ni Babieca el del Cid, con él se igualaban.

Don Quijote distorsiona la realidad y su caballo no escapa de ello.

Lo tiene idealizado, como más tarde hará con Dulcinea, de tal manera que no encontrará en él tacha ni defecto alguno, comparándolo con caballos míticos, quizá porque han trasportado a héroes tan grandes como aspira a ser él.

El relato continúa explicando que don Quijote se pasó cuatro días imaginando qué nombre le tenía que poner. Porque, según su pensar, un caballero famoso como iba a ser él no podía cabalgar en un caballo sin nombre. Y a tenor de esa consideración, tenía que encontrar uno bien sonoro y digno. Y le costó tiempo, porque a los condicionantes anteriores tenía que sumarle uno más; el nombre a escoger tenía que reflejar qué había sido antes de convertirse en el mejor caballo del mejor caballero.

Así, y después de largas disquisiciones, se le ocurrió el de Rocinante; abro cita: *“nombre a su parecer alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo.”*

Tan grande será la simbiosis con Rocinante que el propio Quijote se referirá a él un poco más adelante como: *“compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras”*

¡Qué amor tan grande le tiene para utilizar palabras tan afectuosas! ¿Verdad?

Compañero eterno mío, en todos mis caminos y carreras...

Parece estar describiendo unos votos matrimoniales, o a mí me lo parece. Solo le falta decir: *“... y prometo ser te fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe”*

Pero es que en la propia decisión que toma don Quijote, cuando emprende su aventura, hay mucho de compromiso sagrado. El hombre, ansía sellar su destino al de su caballo. Y tan en serio se toma la confianza que ha depositado en él, que a la primera de cambio, cuando por primera vez sale de su casa, montado en él, armado y decidido a obrar ya como noble caballero, nada más llegar al primer cruce de caminos se ve en la tesitura de decidir cuál de ellos ha de tomar, y el narrador nos explica: *“... hasta sin llevar otro camino que el que su caballo quería, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras”*

O sea, que el pobre don Quijote termina depositando en esa frágil montura su propio destino; le da un papel clave para una vida que se propone abrazar, después de haber leído todos los libros de caballería a su alcance, que en definitiva han terminado trastornándole los sesos.

A partir de este primer capítulo de presentación, una vez da comienzo la andadura de los dos personajes principales, Cervantes empezará a salpicar el relato con detalles muy interesante sobre Rocinante. Destaco uno que quizá no sea casual, porque va a reflejar un aspecto importante del carácter del animal que se irá afianzando a medida que avance el libro; su querencia al descanso.

Una reacción que no parece casar demasiado con la del animal-héroe que pretende ver su dueño en él.

Nos lo contará por primera vez en el capítulo cuarto.

Don Quijote ha sido nombrado caballero por un ventero, al que creía señor de un castillo, y decide volver a su aldea para recoger camisas más dignas y a un escudero. Y es ahí cuando Rocinante saca a relucir su natural deseo.

Leo del texto original.

“Con este pensamiento guio a Rocinante hacia su aldea, el cuál casi conociendo la querencia, con tanta gana comenzó a caminar, que parecía que no ponía los pies en el suelo.” Y volverá a reflejar sus ansias de descanso pocas páginas después, en una nueva encrucijada de caminos.

Está claro que las voluntades entre caballero y caballo no coinciden, y que si ha de seguirse una, la del animal, tenderá a buscar su respiro y no a la fatigosa aventura. Normal... Pero no lo consigue, porque de camino se cruzan con unos mercaderes, y por obra de la sorna que uno de ellos hace de Dulcinea, deciden atacar. Aunque con muy mal resultado para ambos por culpa de las limitaciones de Rocinante.

¿Qué sucede? Asistiremos a una primera caída, que no será la única.

Leo lo que Cervantes nos cuenta:

“Y en diciendo esto, arremetió con la lanza baja contra el que lo había dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara Rocinante, lo pasara mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante, y fue rodando su amo una buena pieza por el campo, y queriéndose levantar, jamás pudo: tal embarazo le causaba la lanza, espuelas y celada, con el peso de las antiguas armas”

Destaco en este pasaje, como también se apreciará en otros muchos más, una loable virtud en Rocinante; su obediencia. Nos habían dibujado un caballo débil, viejo, enclenque, pero por debajo de su cuarteado pellejo hay un noble corazón que bombea la sangre necesaria para que su amo la utilice cuando lo crea necesario. Y por encima de sus flaquezas, sin sopesar las cortas posibilidades físicas que tiene y haciendo oídos sordos a sus propios instintos, si su amo le pone al galope, a pesar de ir agotado, hambriento o despistado, él se arrancará con decidido empeño hacia el lugar que le ha sido señalado.

¡Al final, qué parecidos son caballo y caballero!

Los dos olvidan sus debilidades naturales, muchas debidas a su edad, cuando toca cumplir una sagrada misión. Lo hacen contra los mercaderes, y lo repetirán pocas páginas después en una de las escenas más conocidas de la historia de don Quijote:

Leo del texto:

“Y diciendo esto, dio de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes aquellos que iba a acometer”

Lo que les ocurrirá es bien sabido:

“Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, (rodela: escudo redondo amarrado al brazo de unos 50 a 60 cm de diámetro) con la lanza en ristre, arremetió a todo el galope de Rocinante, y embistió con el primer molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fue rodando muy maltrecho por el campo”

¡Qué mejor demostración de lealtad y disciplina, la del caballo que sabe contra qué se enfrenta y no lo evita! Ese es nuestro héroe de cuatro patas...

Metidos ya en el capítulo nueve, aún recibiremos una nueva descripción de nuestro protagonista animal a través de las impresiones que tiene de él un tal don Sancho de Azpeitia; que nos dice:

“... estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan hético confirmado, (hético con h; que padece tisis, tísico) que mostraba bien al descubierto con cuánta advertencia y propiedad se le había puesto el nombre de Rocinante”

¿Haremos carrera con este mal ajado y deslucido animal?

Cervantes decide que sí, e incluso muy pronto le ofrece una aventura que tendrá que ver con la llamada de sus instintos. Le reserva casi todo el capítulo quince, para hacernos saber que bajo el pellejudo aspecto de Rocinante todavía le mueve el apetito sexual; ese impulso natural que hace cometer locuras sin poner razón ni sentido en ello.

Vamos a verle en acción. Comienza así:

“No se había curado Sancho de echar sueltas a Rocinante, seguro de que le conocía por tan manso y tan poco rijoso que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro...”

Repaso el texto, para que lo entendamos mejor, con la reciente traducción que hace Andrés Trapiello en un castellano más actual:

“No se había preocupado Sancho de trabar a Rocinante, seguro de saberlo tan manso y tan poco rijoso, que ni todas las yeguas de la dehesa de Córdoba lo hubieran incitado a ningún mal vicio”.

Eso piensa Sancho Panza al ver a su rocín y a Rocinante pastando en un valle rico de hierba fresca de la que están dando cuenta. Pero va muy errado, porque lo que sucede a continuación es:

“Ordenó, pues, la suerte y el diablo, que no todas veces duerme, que andaban por aquel valle paciendo una manada de jacas galicianas, (galicianas: denominación antigua de los oriundos de Galicia) de unos arrieros yangüeses, (Yangüas. pueblo de Soria, cuyos ganaderos hacían el camino real a Sevilla) de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de yerba y agua; y aquel donde acertó a hallarse”

Pongámonos en escena; Rocinante está atiborrándose de hierba, suelto porque Sancho estaba lejos de imaginar que se le pudiesen despertar otros instintos que no fueran los de comer. Pero ahí está, una manada de jacas, de yeguas gallegas. El jamelgo escucha seguramente sus relinchos, o le alcanzan sus olores, levanta la cabeza, pone las orejas en punta y las dirige hacia aquellos jugosos sonidos con creciente interés.

Y lo que vino a pasar después se lo dejó a Cervantes.

“Sucedió, pues, que a Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras jacas, y saliendo, así como las olió, de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia a su dueño, tomó un trotillo algo pacadillo, (picadillo) y se fue a comunicar su necesidad con ellas; mas ellas, que a lo que pareció, debían de tener más gana de pacer que de él, recibieronle con las herraduras y con los dientes, de tal manera que a poco espacio se le rompieron las cinchas, y quedó sin silla en pelota; pero lo que él debió más de sentir fue que viendo los arrieros la fuerza que a sus yeguas se les hacía, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron mal parado en el suelo”

Esta escena nos provoca lastima y a la vez ternura.

El comportamiento de Rocinante es de lo más inocente. No tiene edad para esos arranques amorosos, pero va en busca de las yeguas con intención de amarlas, seguramente idealizándolas como su amo hace con Dulcinea; otro fruto imposible para un anciano loco. Será en esta escena donde Cervantes decide que las trayectorias emocionales de los dos personajes van a correr desde entonces en paralelo.

Pero volvamos al escenario anterior, porque no se puede dejar de lado otro detalle muy importante. Porque acabamos de asistir a un episodio de evidente maltrato animal, acontecido hace más de cuatrocientos años. ¿Cómo juzgaríamos hoy, la brutal acción de los yeguarizos, que acuden a proteger a su recua con palos y estacas? Dan tantos golpes, tantos a Rocinante, que lo derriban y lo dejan mal parado en el suelo. ¡Qué barbaridad! ¿No os parece?

Su dueño acude raudo, a ayudarle, sin tampoco medir sus propias fuerzas. Le empuja la valentía y el ardor caballeresco en defensa del amigo, encomendando a Sancho que use la espada. Aunque el escudero, con más cabeza, le recordará que ellos son dos, o uno y medio, contra veinte yangüeses.

Como se puede uno imaginar, el resultado no va a ser favorable ni a Quijote ni a Sancho, que al igual que su malherido caballo, reciben una fabulosa paliza después de haber asestado un espadazo a uno de los brutos sorianos.

A pesar de todo, la moraleja que extrae don Quijote y comparte con su escudero es hermosa; se arrepiente de haber sacado arma contra hombres que no son caballeros, no lo ve propio de su noble condición. Prometiéndose, a partir de entonces, preferir nuevas palizas antes que perder su honra. Quizá piense así viendo a su compañero de tragedia apaleado y tendido, y puede que por ello le ame más desde entonces. Porque los dos han cobrado por tan licenciosas pretensiones.

No lo ve así Sancho, que dice:

“Mire vuestra merced si se puede levantar y ayudaremos a Rocinante, aunque no lo merece, porque él fue la causa principal de todo este molimiento; jamás tal creí de Rocinante, que le tenía por persona casta y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen que es menester mucho tiempo para venir a conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida”

Me llama la atención el pensamiento de Sancho porque ha convertido a Rocinante en persona; ha considerado que el animal posee un carácter como el suyo; casto y pacífico. Y como su reacción no coincide con la que pensaba que debería tener, llega a la conclusión de que para conocer de verdad a una persona se necesita mucho tiempo.

¿Estará pensando en Rocinante o en su patrón?

Llegados al capítulo dieciocho encuentro un comentario de don Quijote que reconozco me desconcierta.

Dice así: *“... porque serán tanto los caballos que tendremos después que salgamos vencedores, que aún corre peligro Rocinante no le trueque por otro...”*

¡Qué crueldad! ¿No os parece? Parece estar dispuesto a deshacerse de él a la mínima de cambio, por muy compañero de aventuras como lo ha tenido, después de su total entrega y de obedecerle en todo... Me parece lamentable por parte de don Quijote, la verdad.

Lo dejo ahí de momento. A ver si más adelante consigue compensar este feo.

Bueno, parece que no vamos a tardar mucho en verlo, porque apenas unas pocas páginas después de haber expresado tan desleal pensamiento hacia su caballo, don Quijote localiza a dos rebaños de ovejas, a cierta distancia de su posición, levantando sendas polvaredas que parecen van a cruzarse. Era tanto el polvo que producían los dos hatos que el pobre Quijote en vez de ver lo que son, se imagina a dos ejércitos, poco antes de enfrentarse en batalla. Y en su desvarío le pone nombre a los dos capitanes y motivo a su enfrentamiento. Y como él ha de luchar por el que lleva más razón, hacia allá va, con la lanza bien dirigida y su caballo al galope. Entra al rebaño, lanceando cuantas ovejas puede, hasta que los desconcertados pastores reaccionan y consiguen derribarlo con el uso de sus ondas, dándole por muerto. Una de las piedras le hunde dos costillas, y otra le da en la mano y en la boca, saltándole tres o cuatro muelas.

Eso sí, él se ha llevado antes siete animales por delante.

Cuando acude Sancho, alarmado por los resultados del absurdo ataque lanar sobre su señor, se encuentra a don Quijote medio espabilado y sujetándose la boca, agarrado a las riendas de su caballo.

Rocinante ha respondido al anterior feo de su amo demostrando una vez más su inquebrantable lealtad y buena disposición; la prueba está en que ni se mueve de su lado. El caballo no juzga a su amo, no ve en él demérito alguno, tan solo obedece y trata de agradecerle. Nos ofrece una preciosa enseñanza, aunque sea don Quijote quien la ponga en palabras y se la atribuya de una forma injusta.

Dice; *“Sábetete, Sancho, que no es un hombre más que otro si no hace más que otro:”*

O sea, para don Quijote el valor está en las obras y no en las palabras: y por ser justos, de obras acaba de demostrar mucho más Rocinante de lo que ha hecho él.

Don Quijote supera cualquier temor cuando se siente caballero, montando sobre su rocín. Y de esa unidad, hombre animal, saca renovadas fuerzas para enfrentarse a todo lo que se le ponga por delante.

En el siguiente texto lo expresa como si de solemne declaración de principios se tratara:

“... saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela, (escudo) terció su lanzón y dijo: Sancho amigo, has de saber que yo nací, por querer del cielo, en nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro o la dorada, como suele llamarse; yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos; yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los doce de Francia, —Se refiere a los llamados doce pares de Francia; la cúpula del ejército de Carlomagno, formada por doce experimentados y

jóvenes soldados carolingios, hijos de doce grandes familias cuyos nombres son los de Roldán, Olivier, Gérin, Gérier, Béranger, Otón, Sansón, Ivón, Ivoire, Girart, Ansels y el Arzobispo Turpín)—... y los nueve de la Fama,—Los nueve de la Fama eran los nueve nombres más grandes de todos los tiempos, considerados por la Historia como los mayores héroes que han existido, fieles a las leyes de Caballería hasta el extremo. Y son: Carlomagno, el Rey Arturo, Godofredo de Bouillón, Julio César, Héctor, y Alejandro Magno, y David, Josué, y Judas Macabeo. Como curiosidad se pueden contemplar sus nueve figuras en forma de estatua en el antiguo ayuntamiento de Colonia)

Repito y sigo con las palabras de don Quijote —...y los nueve de la Fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, (se refiera a “La crónica del muy valiente y esforzado caballero Platir”, libro de caballería siglo XVI), o los Tablantes (“Crónica de los nobles caballeros Tablante de Ricamonte y de Jofre, hijo del Conde Donason”, del siglo XVI también). Sigue enumerando Cervantes —...los Olivante (“Historia del invencible caballero Don Olivante de Laura, Príncipe de Macedonia, que por sus admirables hazañas vino a ser Emperador de Constantinopla”, un muy sonado libro de caballería que apareció en época de Felipe II). Pero nuestro autor, sigue nombrando con elevado conocimiento literario:

— ...y Tirantes, (“Tirant lo Blanc”, del valenciano Joanot Martorell), le Febos (“El caballero del Febo el troyano”)— y Belianises, (“Hystoria del magnánimo, valiente e inuencible cauallero don Belianís de Grecia” ; libro de caballería escrito por Jerónimo Fernández, médico de Carlos V). Para terminar diciendo: ...con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, estrañezas y fechos de armas, que escurezcan las más claras que ellos hicieron.”

Cervantes nos vuelve a regalar alguna descripción más de Rocinante tan solo unos pocos capítulos después, cuando nuestros aventureros se encuentran persiguiendo a un extraño personaje medio desnudo. El texto explica:

“... no era dado a la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y más siendo él, de suyo, pisacorto y flemático” (Pisacorto se entiende como un error de transcripción en el texto, porque pisar solo puede ser o firme o flojo, no corto. En realidad, debía haber aparecido la palabra pasicorto, persona o animal que camina con pasos cortos). Y en cuanto a la acepción de la palabra flemático, la RAE dice: “Que tiene un temperamento apático y se comporta o actúa con tranquilidad excesiva”

¿Está don Quijote poniendo tachas a su caballo? Todo lo contrario.

Y si no, atención a lo que dice de él en uno de los párrafos con más sustancia de toda la novela, donde refleja la imagen que el viejo hidalgo tiene de su animal.

Para ponernos en escena, don Quijote está acusando un ataque de melancolía en recuerdo de su amada Dulcinea, y le pide a Sancho que le lleve una carta en la que explica sus aventuras y locuras. Sufre, lo que en la filmografía actual se denominaría el infierno del héroe; un momento de la trama en la que la evolución de los acontecimientos se pone claramente en contra del protagonista, hasta casi vencerle, sintiéndose tremendamente desvalido y solo.

En el caso de don Quijote llega a ser tan honda esa sensación, que hasta llega a reconocer y confesar la locura que le asalta.

Dice así el texto;

“Y diciendo esto, se apeó de Rocinante, y en un momento le quitó el freno y la silla; y, dándole una palmada en las ancas, le dijo; -Libertad te da el que sin ella queda, ¡oh caballo tan extremado por tus obras cuan desdichado por tu suerte! Vete por do quisieres; que en la frente llevas escrito que no te igualó en ligereza el Hipogrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costó a Bradamante”

Un hipogrifo es una criatura imaginaria híbrida, con forma de caballo, y cabeza y miembros anteriores de águila. Los hipogrifos, muy populares en la literatura del siglo XVI, nacían del apareamiento de una yegua y de un grifo, y eran extremadamente rápidos y capaces de volar alrededor del mundo, siendo montados por magos y héroes.

El caballero de la Triste Figura no puede ver mejores virtudes en su caballo que hasta termina comparándolo con un hipogrifo. Esta criatura se hace popular a partir de la publicación del poema de Orlando Furioso, en la que aparece esa extraña figura animal, y se repetirá después en otros títulos, muchos de los cuales Cervantes ha leído; un ser que era descrito como el más fuerte, más inteligente y el más dotado para el vuelo, casi tanto como el águila o el halcón,

A lo largo y ancho de las muchas aventuras que van salpicando el universal relato, nuestro querido Rocinante va apareciendo con diferentes protagonismos; a veces en escenas intrascendentes, pero en otras el autor aprovecha su aparición para enriquecer el perfil psicológico que ha ido construyendo, como gran protagonista que es.

Detengámonos en una de ellas.

“Estaba, pues, —se refiere a don Quijote— como se ha dicho, de pies sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero, y atado de la muñeca, y al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor y cuidado que si Rocinante se desviaba a un cabo o a otro, había de quedar

él colgado del brazo; y así, no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia y quietud de Rocinante bien se podía esperar que estaría sin moverse un siglo entero."

¡Cuánta mansedumbre, bondad y paciencia! como lo califica el propio Cervantes, tiene que tener Rocinante para que su dueño de por sentado que el animal no se moverá un solo milímetro de su posición, ni incluso en un siglo entero, estando él sobre sus espaldas. ¿Lo hará por obediencia ciega a las órdenes de su señor? ¿O es solo culpa de su pereza, cansancio y holgazanería, reacciones mucho más lógicas en un animal entrado en años, seguramente agotado, mal alimentado y huesudo?

Metidos en esta diatriba, don Quijote, bajo su exaltado estado mental, siempre va a escoger la mejor virtud si ha de valorar el comportamiento de su animal. Destaca de él su paciencia y quietud, y está seguro de que como compañero de destino y aventuras, siempre que lo necesite jamás le va a fallar.

Aunque dicho esto, a tenor de la siguiente escena que vamos a conocer, podría decirse lo contrario, porque en esta ocasión el animal le juega una mala pasada.

Veamos de qué manera:

"Sucedió en este tiempo que una de las cabalgaduras en que venían los cuatro que llamaban se llegó a oler a Rocinante, que melancólico y triste, con las orejas caídas, sostenía sin moverse a su estirado señor; y, como, en fin, era de carne, aunque parecía de leño, no pudo dejar de resentirse y tornar a oler a quien le llegaba a hacer caricias; y así, no se hubo movido tanto cuanto, cuando se desviaron los juntos pies de don Quijote, y, resbalando de la silla, dieran con él en el suelo, a no quedar colgado del brazo; cosa que le causó tanto dolor, que creyó, o que la muñeca le cortaban, o que el brazo se le arrancaba"

Me conmueve la imagen del viejo rucio. Lo veo tal y como lo describe Cervantes; melancólico y triste, con las orejas caídas. El pobre animal lleva horas soportando el peso de don Quijote mientras éste está haciendo vigilancia a las puertas de una posada, que cree gran castillo. Y después de permanecer tanto tiempo quieto, aunque es un animal disciplinado y vive con resignación su destino, se permite una distracción, cuando ve venir hacia él a otro caballo y hace intención de olerlo; en realidad a presentarse, pues es así como se saludan los caballos. Y es en ese escaso movimiento que Rocinante hace, cuando su jinete se cae y queda colgado por una mano sin tocar el suelo.

Así está un rato el bueno de don Quijote; pasando ridículo, dolorido, y en una postura de lo más absurda, a la vista de los cuatro recién llegados. Podría enfadarse

con Rocinante, gritarle o peor aún pegarle; pero nada de eso hace. El respeto que tiene por su montura es superior a cualquier pronto.

Será en esa misma posada donde la joven Dorotea, que se ha hecho pasar por princesa, y don Fernando por su marido, piden a un cura y a un barbero que encierren a don Quijote en una jaula hecha de palos para llevarlo en una carreta de bueyes a su tierra, para poder curar allí su mal de cabeza. Cuando eso sucede y lleva dos jornadas enjaulado y de camino, Sancho ruega a sus captores le suelten un momento para que pueda hacer sus aguas menores o mayores fuera de la jaula, y no vea deshonrada así su imagen de caballero. Rocinante va unido a la comitiva sin ser montado por su señor, y en este capítulo vamos a conocer cómo será su reacción cuando vea liberado a don Quijote del infame jaulón, y cuál la de don Quijote hacia con él.

“Tomóle la mano el canónigo, aunque las tenía atadas, y debajo de su buena fe y palabra, le desenjaularon, de que él se alegró infinito y en grande manera de verse fuera de la jaula; y lo primero que hizo fue estirarse todo el cuerpo, y luego se fue donde estaba Rocinante y dándole dos palmadas en las ancas, dijo:

-Aún espero en Dios y en su bendita Madre, flor y espejo de los caballos, que presto nos hemos de ver los dos cual deseamos; tú, con tu señor a cuestas; y yo, encima de ti, ejercitando el oficio para que Dios me echó al mundo.”

Don Quijote endereza el cuerpo en recuperación de su dignidad, pero lo segundo que hace es ir a ver a su caballo. Le da unas palmaditas cariñosas en el anca y habla con él. No recuerdo haber encontrado a lo largo de todo el libro muchas otras ocasiones en las que se dirija a Rocinante como a un ser humano, compartiendo sus sentimientos y sensaciones. En esta breve escena y a su manera, le dice que le echa de menos, que le quiere. Pero, además, y lo digo con deliberada solemnidad, confiesa que sin él su misión caballeresca no habría tenido, tiene, ni tendría sentido.

¡Es todo un homenaje!

Metidos en los últimos capítulos del libro primero, Cervantes calificará el comportamiento de Rocinante como si fuera humano, uniéndose al pensar de don Quijote. Veamos cómo lo hace:

Leo el párrafo.

*“En fin, todos se dividieron y apartaron, quedando solos el cura y barbero, don Quijote y Panza y el bueno de Rocinante, que a todo lo que había visto estaba con tanta **paciencia** como su amo”*

Ojo con el detalle; el autor acaba de atribuirle una virtud humana como es la paciencia, y bajo mi parecer lo hace de forma intencionada. Porque Cervantes se ha enamorado de Rocinante como personaje. Y eso, os lo puedo certificar, es algo que solo pasa con muy pocos personajes entre los muchos que los escritores ponemos en juego en cada novela

Y como último regalo en el final del libro primero Cervantes nos describe el epitafio de don Quijote en verso, y no se olvida de su Rocinante:

"... aquel que en Rocinante errando anduvo, yace debajo desta losa fría"

Pero no se queda en esa sutil cita, y será en la tumba de don Quijote donde vuelva a aparecer una referencia a su caballo.

*Epitafio
Aquí yace el caballero
bien molido y mal andante
a quien llevó Rocinante
por uno y otro sendero.
Sancho Panza el majadero
yace también junto a él,
escudero el más fiel
que vio el trato de escudero."*

Entraremos de forma más liviana en el segundo libro, por razón de que en él vamos a encontrar nuevos elogios a Rocinante que nos sorprenderán tanto o más que los hechos en el primero; otros, como son repetidos los obviaremos.

Y no me entretengo más, metámonos en la historia.

Don Quijote está recluso en su casa para curarse de sus alocados aires, pero cada día que deja atrás parece estar mejorando, tanto es así que pasado no mucho tiempo se embarca en un tercer viaje hacia Aragón, no sin antes acudir al Toboso. Sera Rocinante, con sus relinchos, quien despierte en él las ansias de abandonar la casa, interpretando como buen agüero que así sea. Desde ese momento, serán dos o tres las apariciones que hace el caballo en el texto, y en todas ellas su presencia será clave.

Sin olvidar su condición animal, entremos en una escena en la que le puede el miedo, emoción muy propia de cualquier equino. Veamos de qué manera.

Se cruzan con una carreta que trasporta a unos actores que acaban de representar un auto, el de Las Cortes de la Muerte, y siguen usando sus disfraces. Uno va de

demonio, otro representa la muerte, hay un ángel con las alas pintadas, un emperador con corona y el Dios Cupido. Don Quijote los para y platica con ellos. Cuando le dan razón de sus vestimentas y destino, de repente pasa algo:

“Estando en estas pláticas, quiso la suerte que llegase uno de la compañía, que venía vestido con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traía tres vejigas de vaca hinchadas: el cual moharracho, (persona que se disfraza de forma ridícula para entretener a la gente) llegándose a don Quijote, comenzó a esgrimir el palo y a sacudir el suelo con las vejigas, y a dar grandes saltos, sonando los cascabeles; cuya mala visión así alborotó a Rocinante, que sin ser poderoso a detenerle don Quijote, tomando el freno entre los dientes, dio a correr por el campo con más ligereza que jamás prometieron los huesos de su notomía.

Pobre Rocinante, el duro suelo vuelve a terminar siendo el final de sus inocentes correrías, como le sucede en el final de este encuentro.

En otro episodio cercano al recién tratado, Cervantes nos describirá la relación que se tenían entre sí los dos équidos que acompañan a los humanos; una relación que me atrevo a tachar de insólita.

Leo donde se cita:

“...y escribe que así como las dos bestias se juntaban, acudían a rascarse el uno al otro, y que, después de cansados y satisfechos, cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del rucio de Sancho, y mirando los dos atentamente al suelo, se solían estar de aquella manera tres días; a lo menos, todo el tiempo que les dejaban, o no les compelió la hambre a buscar sustento.”

Cervantes no se queda ahí, veréis a continuación cómo elogia ese comportamiento animal haciendo uso de una reflexión bastante moderna; yo diría que sorprendente...

“Digo que dicen que dejó el autor escrito que los había comparado en la amistad a la que tuvieron Niso y Euríalo, (un amor de corte homosexual entre dos soldados que Virgilio describe en la Eneida) y Píldes y Orestes; (otra relación supuestamente homosexual en torno a la famosa Guerra de Troya) y si esto es así, se podía echar de ver, para universal admiración, cuán firme debió ser la amistad destes dos pacíficos animales, y para confusión de los hombres, que tan mal saben guardarse amistad los unos a los otros”

¡Qué queréis que os diga? Veo una encubierta defensa de la homosexualidad, aunque puedo estar equivocado. Ahora bien, de no ser así, ¿por qué iba a poner esos ejemplos sacados de la literatura clásica, en los que la amistad no discurre por cauces comunes, si no que explora caminos de sexualidad compartida?

Lo curioso, es que el propio autor se justifica un poco más adelante al haber abordado esa peculiar relación de amistad entre equinos. Y dice:

“Y no le parezca a alguno que anduvo el autor algo fuera de camino en haber comparado la amistad destes animales a la de los hombres; que de las bestias han recibido muchos advertimientos los hombres (advertencias, o consejos) y aprendido muchas cosas de importancia, como son: de las cigüeñas, el cristel; (cristal, se refiere al vuelo majestuoso y limpio que realizan) de los perros, el vómito y el agradecimiento; de las grullas, la vigilancia; de las hormigas, la providencia; de los elefantes, la honestidad, y la lealtad, del caballo.”

Sorprendente, ¿verdad?

Habéis escuchado bien; el mismísimo don Miguel de Cervantes encuentra en el comportamiento de las hormigas la virtud de la providencia. Algo lógico, si uno interpreta la recolección de alimento para pasar el invierno. Transcribo de paso una de las entradas que la RAE propone con la palabra providencia:

“Disposición anticipada o prevención que mira o conduce al logro de un fin”
Lo que en efecto hacen las hormigas.

Pero es que, en el mismo párrafo también da virtud a la grulla, en su actitud de vigilancia continua para proteger a sus pollos, o al grupo con el que convive. Me deja más perplejo todavía, que en los elefantes vea honestidad. Y confieso, no ser capaz de entender por qué. La honestidad parece un comportamiento humano, casi diría que solo humano, y por más que he buscado, no he hallado nada que justifique esa aseveración. Eso sí, la virtud de la lealtad que atribuye al caballo es materia mucho más comprensible, a la que nos adherimos todos, y más cuando el caballo en el que está pensando se trata, nada menos, que de Rocinante; un ejemplo constante de lealtad a su amo.

El bueno de Rocinante...

Bueno pero con miedos, como todo animal, y más todavía perteneciendo a una especie que lleva en su código genético la condición de víctima de depredadores. El noble hidalgo lo tiene en cuenta y por eso, llegados a un capítulo en el que se va a enfrentar a unos leones, imaginando el pavor que éstos podrían producir en Rocinante, desmonta de él y con la espada en mano va a por ellos caminando; un detalle de cariño y consideración hacia su querida montura y buen amigo.

Demos a continuación un cambio de registro de 180 grados.

Porque en el siguiente párrafo, y estamos cerca del final del segundo libro, Cervantes nos va a dar una auténtica clase de historia ecuestre, y valoro su mérito. Es sabido que en aquellos tiempos la gente culta bebía de los saberes clásicos y tenía una cuidada formación en historia antigua, sagrada y mitología. Hoy día, con Google, accedemos a la información sin despeinarnos un solo pelo y en menos de un segundo. ¿Pero haríamos lo mismo en pleno siglo diecisiete?

Entremos en el texto:

–Querría yo saber, señora Dolorida –dijo Sancho–, qué nombre tiene ese caballo. –El nombre –respondió la Dolorida– no es como el caballo de Belorofonte, que se llamaba Pegaso, ni como el del Magno Alejandro, llamado Bucéfalo, ni como el del furioso Orlando, cuyo nombre fue Brilladoro, ni menos Bayarte, que fue el de Reinaldos de Montalbán, ni Frontino, como el de Rugero, ni Bootes ni Peritoa, como dicen que se llaman los del Sol, ni tampoco se llama Orelia, como el caballo en que el desdichado Rodrigo, último rey de los godos, entró en la batalla donde perdió la vida y el reino.

Este segundo libro del Quijote tiene frecuentes alusiones, cuando no ácidas críticas, a otro libro no escrito por Cervantes de título; “Segundo tomo del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha” que se publicó en Tarragona en 1614, firmado por Alonso Fernández de Avellaneda. Por entonces, aunque ahora nos sorprenda, escribir segundas partes de obras ajenas no era delito. Pero como se puede entender, a Cervantes le sentó a cuerno quemado y hasta le obliga a publicar su segunda parte tan solo un año después, en 1615.

Saco este apunte a colación, para ambientar una de las escenas más hirientes de este segundo libro, que tendrá como protagonistas a los dos equinos.

Don Quijote y Sancho están mirando por primera vez el mar, en concreto en Barcelona, y les viene a saludar un avisado del hombre que les ha conducido hasta allí, un notable de la ciudad. El hombre halaga las aventuras de don Quijote diciéndole que es “espejo, farol, estrella y el norte de toda la caballería”; ahí es nada. Y además arremete contra el libro que no ha firmado Cervantes, refiriéndose a él como: “no el apócrifo que en falsas historias estos días nos han mostrado” Quijote se ve complacido y se relaja. Va montado en Rocinante y los recién llegados les rodean y arrojan para conducirlos a la ciudad.

Y aquí empieza la escena que me hizo palidecer imaginándome el desconcierto de Rocinante y del pobre rucio de Sancho. Os lo leo:

“Con palabras no menos comedidas que éstas le respondió el caballero, y, encerrándole todos en medio, al son de las chirimías (una especie de flauta u oboe) y de los atabales (tamborcillos), se encaminaron con él a la ciudad, al entrar de la cual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son más malos que el malo, dos dellos traviosos y atrevidos se entraron por toda la gente, y, alzando el uno de la cola del rucio y el otro la de Rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas. (Arbusto llamado genista scorpius, con abundantes espinas y flores amarillas) Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y, apretando las colas, aumentaron su disgusto, de manera que, dando mil corcovos, dieron con sus dueños en tierra. Don Quijote, corrido y afrentado, acudió a quitar el plumaje de la cola de su matalote, (se dice de la caballería flaca y con mataduras; heridas hechas por los aparejos) y Sancho, el de su rucio. Quisieran los que guiaban a don Quijote castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fue posible, porque se encerraron entre más de otros mil que los seguían”

Pobres animales, una vez más, padecen un acto de crueldad que hoy terminaría en la mesa de un juzgado: pero bueno, tampoco fue suficiente afrenta para que sus dueños persiguieran a los infractores y les hicieran pagar por ello. Así como en otras escenas se hace evidente la empatía de los dos humanos por sus monturas, en esta no parece que les haya importado demasiado.

Un poco injusto sí que es...

Y llegados al final de la universal novela no puedo dejar de criticar algo que me ha parecido indigno en Cervantes después de habernos introducido, llevado, hecho reír o padecer con su personaje Rocinante. Me permito el atrevimiento de enfadarme con él porque no termino de entender por qué, a las puertas de la muerte de don Quijote, cuando parece que el hombre recobra la luz y hasta su original nombre, deja testamento y se despide de todos, no tiene un solo recuerdo de su fiel, leal, adorado y tierno Rocinante.

Porque no lo tiene...

Y en desagravio, atrevido de mí, me atreveré a añadir a la terminación de su novela una sola línea más, y con ello concluyo.

Cervantes nos describe su muerte así:

“En fin, llegó el último de don Quijote, después de recibidos todos los sacramentos, y después de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallóse el escribano presente, y dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como

don Quijote; el cual, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dio su espíritu: quiero decir que se murió."

A lo cual, yo añadiría:

Y en ese preciso momento, desde el establo se escuchó el relinchar de Rocinante, quien como en viajes anteriores, animó a don Quijote a emprender uno más, esta vez a los cielos, para trotar juntos, en busca de las mejores y más eternas aventuras"

Muchas gracias y hasta siempre